

MOTES, APODOS

por ESTEBAN CARDA RIUS

El tiempo corre veloz como una centella o lento como la noche sin sueño y el día sin pan: raudo en la dicha, tardo en la desgracia.

La imagen humanizada del tiempo refleja a un viejísimo varón, desnudo -no tiene nada y le sobra todo-, osamenta cubierta de trasparente piel pegada de mala manera; tembloroso, calva testa y lacia barba; en su diestra la cuchilla grande enastada de la guadaña, y en su siniestra, que es la otra, el reloj de arena que no marca las horas, siempre dispuesto a segar, cortar, matar, acabar con todo, sin importarle el pasar enarenado por la medida relojera.

La importancia del tiempo es relativa, no absoluta. Ni se da, ni se quita; sólo se toma. Dentro de poco acabará siglo y milenio, tomando como punto de referencia la era cristiana. El tiempo, duración de lo sujeto a mutación, está regulado por el tic-tac de su andadura imparabile. La vida consume tiempo para su existencia; y ya pretérito en cualquiera de sus formas, recuerda mal media docena de hechos trascendentes que han quedado fijos, agarrados, pegados a la memoria. Lo demás no cuenta. Se vive equis tiempo que se puede contar y medir, que se redujo en su efecto más de la mitad por el sueño del cuerpo, la infancia, la niñez y otros lapsos que se perdieron. Total, en la conciencia de vivir-vivir, corre veloz cual gacela atemorizada, quedando unos períodos claros que hacen cavilar si esto del tiempo es una tomadura de pelo o la letra de un bolero.

Existen en el vivir elementos singulares. Vila-real, nuestro pueblo, tiene una vida registrada y certificada superior a los siete siglos largos y lo pasado queda reducido a algunos acontecimientos importantes y graves que ahora empiezan a interesar a las pocas gentes que conocen, con certeza y detalles, lo pasado.

Hoy, apodos y motes, alias y malos nombres, han perdido mucha fuerza. Allá por mitad de este siglo agonizante empezó el final, la paulatina, y bastante rápida por cierto, desaparición de una larguísima época de predominio y utilización del

mote y del apodo. Perdió su importancia.

Salvo la constancia histórica de figuras que han recibido un sobrenombre que les honra, como la nómina de reyes, santos y emperadores: Jaime, el primer rey de la Valencia cristiana fue y es reconocido por un nombre cualificativo que le distingue; no un mote, ni apodo, ni alias, Jaime el Conquistador. A su padre, Pedro, le conoce la Historia como el Católico; a su hijo, el otro Pedro, le llaman el Grande; a su yerno, Alfonso el Sabio; y a su nieta, Isabel, la Santa.

Al pueblo llano se utiliza el apodo y el mote. Uso y abuso de incultura y otras zarandajas de la identificación personal, más pintoresca y pícara, desde luego, que el nombre y apellido familiar, hereditario.

El apodo llegó a tener virulencia y mordacidad corrosiva, mala uva, mala leche, maledicencia áspera y crítica, baldón y muchas veces oprobio, que llegó a ser de normal uso entre las gentes.

Mucha importancia tenían motes y apodos; tanta que las personas llegaron a ser más conocidas por sus malos y falsos nombres que por la inscripción en registros civiles y partidas de nacimiento.

El tiempo, que todo lo acaba y ahoga, empujó al abismo del olvido a motes y apodos, de reciente aparición o viejos que se pierden en lejanísimos pretéritos medievales

de difícil averiguación.

Hace años se frenó por sí, sin intervención directa ni cauce legal para que subsistieran, el auge de los apodos, empezando a menguar su uso. Poco a poco fueron desapareciendo muchos, que nadie recuerda ya, quedando bien muertos.

Vila-real, en 1950, entonces Villarreal de los Infantes, apodado «Villa Quinzet» (también los pueblos tienen malos nombres y mala fama), era una población de 20.703 habitantes (Censo de 1950), y los apodos ascendían aproximadamente a seiscientos. Los villarreales nacidos en el municipio o empadronados más de veinte años aquí, sumaban 18.898, incluidos los residentes en el paraíso todavía no perdido de Alquerías, que en 1974 se vinieron a su capitalidad municipal en la conmemoración de la fundación del pueblo y se trajeron con ellos a la misma Virgen del Niño Perdido. Entonces resulta que 1.805 habitantes de Villarreal eran forasteros y carecían de mote.

El apodo, personal y familiar, se transfería de padres a hijos en la mayoría de los casos, no siempre, convirtiéndose en hereditario, sufriendo el mal nombre que no gustaba, aunque algunos disfrutaban del apodo «a mucha honra».

Fue quedando el recuerdo costumbrista



ta y pintoresco que provocaba la sonrisa por el mal gusto de una larga vida que iba feneciendo.

Del esplendor y gloria de motes y apodos, vayan tres recuerdos del pasado, ya historia:

Primero:

Dentro de la zona «del Barrio» está la calle San Bartolomé, antes Carreró de Bono, Mislata, Barcas y Héroe de 1702, «any de la cremà», que provocó el asalto y la degollina y la quema de Vila-real por las tropas del primer rey Borbón de España, Felipe V, y para recuerdo de la catástrofe se dedicó esta calle.

A principio de siglo, en el paramento par que colinda con la plaza de Aliaga, de las primeras casas, existía una vivienda de corta fachada, planta baja y piso alto, con balcón semicircular saliente, rareza porque los inmuebles existentes entonces eran de una sola planta, la baja.

La vivienda disponía de servicio sanitario mínimo en un rincón del corral, donde habilitaron el clásico «comú», retrete o letrina, como se quiera, con hueco de la puerta cubierto con una cortina de arpillera.

El hijo de la casa, un muchachote, cuando subía al dormitorio, no se molestaba en bajar al corral para hacer sus necesidades fisiológicas menores que realizaba sobre todo por la noche desde el saliente semicircular sin encomendarse a nadie; y ante las imperiosas ganas de orinar, abría el grifo de los orines y soltaba el chorro a la calle oscura y solitaria. En ese preciso instante, que en cierta ocasión, dos viandantes enfrescados en su conversación pararon delante de la puerta, bajo el balcón:

- «Eh, pixalloms, tanca l'aixeta».

Y quedó incluido un nuevo apodo o mote en el largo índice de falsos nombres.

Segundo:

La utilización de apodos perdió mucho de su fuerza al desaparecer el anuncio de los entierros con las conocidas «cofradías», resto de costumbres medievales de gremios, que participaban a sus frades y cofrades el paso de esta vida a la otra. Las «cofradías» eran el anuncio y la invitación a los entierros -toca madera-.

El pregonero, voz pública y autorizada, quieto en la esquina donde convenía a su misión informativa, con dos o tres tañidos de campanilla, invitaba a la vecindad a acompañar al difunto -toca madera otra vez-, cuyo entierro -sigue tocando madera-, tendría lugar a tal hora; y rogaba un sencillo e importante «pater noster» por el eterno descanso del fallecido.

Cuando terminaba la retahila y los toques de la inquieta campanilla, la voz, elevando su tono, daba fin a la salmodia, indicando el domicilio funerario, el nombre, apellidos y apodo del difunto; bien pronunciado el apodo, que no ofreciera duda

alguna de quien se trataba, que todos entendieran. Equivalía a la cédula que acreditaba la personalidad del que se iba, muy a su pesar, al otro mundo.

Mientras esto sucedía, salían las vecinas- jamás los hombres- al umbral de sus casas, al borde de la parcela doméstica que les pertenecía para su limpieza y goce de la refrescante tertulia nocturna y estival, logrando fama a su pueblo de ser el más limpio del mundo entero y de mejores relaciones sociales. Indagan ellas quién es el difunto. Todas le conocían, poco o mucho, más mucho que poco, por la vecindad y trato; pero respetaban la labor del cofradiero. Cuando la voz proclamaba bien alto el apodo del que iban a enterrar..., «sí, chica, sí; es Fulano, aquél que se casó con Menganita». Y se contaban las biografías completas de la parentela afectada. Toda la vida juntos, comiendo sopas.

Era impresionante el poder del mote, que podía haber implicado menosprecio o mofa; pero producía respeto en el postrer momento.

Las cofradías venían a ser como el anuncio de un lavado de alma que pasaba de esta vida a la otra, cosa seria y respetable, con lo que no se podía jugar. Es, decía la vecina, «como la camiseta que va ensuciándose y limpiándose, zurciéndola repetidamente porque ya no había repuesto y tenía que ser presentada limpia y aseada en el juicio, aunque a trozos de tanto lavar y apedazar». ¿Y si el difunto no tenía camiseta? «Ah!. Entonces el estropajo y el duro jabón detergente, frotando sobre la curtida piel hasta dejarla brillante y sonrosada, como nueva, pese a la poca sangre que le quedaba».

Tercero:

En el viejo caserón de la Casa Consistorial, plaza mayor, edificio sobre solar del anterior, en una superficie superior al medio millar de metros cuadrados, largos, patio de los bomberos y corro del «bou per

la vila» incluidos, de nueva planta desde finales del siglo XVIII, sin arte ni parte interesantes, sin comodidades y sin porches en la fachada, que muchos años atrás habían sido sacrificados en busca de espacio que faltaba para respirar, sin ser hallado; tenía en la planta superior el salón de sesiones, despacho de la alcaldía que daba al patio y luego se cambió por otro salón con ventana al "corro del bou"; y una sala grande para oficinas, intervención y secretaría, que terminaba en una escalerilla incómoda y maloliente que llevaba a los urinarios y a un archivo insuficiente...

Una mañana, que por la tarde no se bajaba, se personó en el despacho de secretaría una vecina llamada María, solicitando certificado de vecindad de su marido, un tal Pepe. «Pepe, qué?» indagó el funcionario. «Pepe, l'Ondero; y no sé más». «Todos tenemos nombre y apellidos; no será su Pepe un caso especial». «Mi Pepe l'Ondero es un hombre corriente, de carne y huesos como todo el mundo; trabajador y honrado; pregunte al alguacil; nos conocimos, festejamos y nos casamos como Dios manda. El señor Cura nos examinó de «dotrina»: a mí me pidió rezar el Avemaría y a Pepe, la Salve, que es más larga y difícil. Tuve tres hijos. Y jamás pasó nada. Nunca necesitamos ningún papel, gracias a Dios; y cuando se necesita algo, mi Pepe l'Ondero, a mucha honra, se encarga de todo, que sabe de letra; yo no. Desde que conocí a Pepe, siempre fue Pepe, a lo más, Pepe l'Ondero».

El pobre funcionario preguntó al alguacil. Estaban empadronados: Pepe, María, su mujer y tres hijos, con sus apellidos, sin apodos. Le fue entregado el certificado, firmado y registrado. L'Ondero, se supone procedente de Onda, fue el nexo, el nudo que unió a los dos, formando, un día, la familia.

* * *



Apodos en Vila-real: 573, aproximadament.

Población censal: 1950, 20.703; 1960, 24.870; 1970, 33.306.

No están todos los que son o fueron, pero faltan pocos.

A. Afaita -morts, afegit, agrait, aiguader, aladrer, alcaràs, alcorí, alcriero, almassador, almidoner, amarillo, ambrosio, americano, ample, andón, andrea, andrevo, àpito, armeleta, arriero, artero, ascla, aseat, assuder, avellà.

B. Baconero, baixauli, bajoc, barjola, balaguero, balde, baldat, baldo, baló, barraca, barretes, barrusco, barsaga, betxinenc, bellido, benito, billetero, bicicleta, blanc, blanquillo, boca, bocanegra, bocatorta, boega, boixo, bolo, borrianero, borroso, bosqueta, bota, boter, botero, botifarra, botifarrero, brancamàn, broseta, bruno, bultos.

C. Caballero, cabellera, cabut, caete, cagues, caixa, calaixons, calandero, calent, calo, calçots, camalets, camisola, camotes, campaner, canario, candurga, cantiner, canyeta, canyisares, capblanc, cap de rosca, cap de rosquilla, capellano, capllarg, cara d'anca, carabassí, caragolero, caragoles, caramelo, carboner, cardenal, cardona, carnisser, carretero, casilda, cassola, casporro, castanyero, castanyetes, castanyetes altes, castellano, català, catalana, catalino, catarrisa, catret, catxàn, catxol, cendra, cequiero, ciència, cigronero, cirero, cisteller, cistellero, civilo, clareta, claro, cleca, coc, coca, coixo, cojón, colaor, colau, cólera, colomines, colorao, colorín, collerons, comare, comaro, conde, conill, contaor, coque, coquí, corretxeli, corretgero, corretjola, corsetero, cotoí, cotorra, cotorreta, cotxero, covero, cubano, cuc, cucala, cucaratxa, cul d'agulla, cul de ciri, culandra, culicarpio, custer.

D. Dàtil, dinero, dimoni, dólar, dolç, dolcet, dotoret, dumbó.

E. Empresari, ermità, escolà, escolano, espartenyera, estanqueta.

F. Faixero, faraón, fardos, faret, fartó, felix, femater, ferraor, ferreres, ferrero, ferrús, fesols, fideuero, figa roja, figàs, figoto, figuero, fils, fonda, formatger, formiga, fomes, francés, frare, fuig.

G. Galindo, galta roja, gallo, ganxetes, ganxo, gaús, garí, garró, garrofa, garrotín, gatet, galvano, gavino, gaya, gelat, geniva, gerra, ginero, gitano, gorrís, goteta, groga, groguet, guapa, guix, gusebio.

H. Hamet.

J. Jesusa, jordi, jota, judiet.

L. Lapidier, leocàdia, llàgrima, llanda, llander, llargo, llàstima, llaurador, lleganya, llima, llimonero, llobo, llop, llorquet, lluc, lluent, llumeta, lluna, llúcio.

M. Macle, mai-te-canses, malhecho, maleno, malo, mallol, mallorquí, mantero, mancofino, mànega, manils, manitas, manoll, mans brutes, manyo, marianet, maripio, maro, marro, martino, mascle, massianet, masover, mataballos, mateu, matrícula, mayosmíos, metxa blanca, melico, melillero, melis meló, mellà, mellaes, mellat, mellizas, membrà, membrat, menina, menja polo, merdeta, merla, messeguero, mitger, mitja figa, mim, mirasielos, misterio, mixo, moliment, molinera, mona, monero, monjo, morgan, morro, muchacho, muleto, muleta, mulls, mundo, mut, mutro.

N. Nadalet, napia, nas-de-rei, negre, negret, neleta, nelo-pepa, no-duermas, noi, nulero, nyeula.

O. Obispo, ojo, olegario, oliero, oliveta, onaeta, ondero, orella, orelles pandes, orellut, ouero.

P. Paeja, paelleta, paelló, palabritas, paleta, palillos, pallarés, pallerofa, palleter, palomaro, panxa-buida, panxeta, paperina, paquero, paquilo, parret, passamaner, pastoret, pastilla, pastor, pastorela, pastoret, patet, pato, patorrat, patxuga, pedaç, pedrapiquer, pegamín, peix, peixet, pelilla, pelili, peluca, pelut, peller, pepa, pepeta, pepín, pepón, perejil, pere-tona, perico, perla perolet, perolo, perrero, perutxo, pessolina, perxa, petro, petrus, picores, piga, pijorrina, pileto, pilila, pilons, pimpera, pinxo, pinyò, pinzeller, pipo, piriculi, pirri, pixalloms, pixorro,

pistoles, pitera, piti, pitoto, pitxeringo, pitxi, piula, piuleta, planxao, platero, plattillos, poalet, pobill, poc-a-poc, pola, polinario, polit, poll, pollo, pols, poma, pomero, pono, poreno, portetes, portugués, posa-olles, pota, poteta, pregoner, punxes, puntals, pusa.

Q. Quaresma, quartilla, queixal, quico lellú, quiquet de torà, quirova, quitèria.

R. Rabassa, rabosa, rabut, rajola, rajoleta, rano, rata, ratat, ravanell, rebaixa-orso, rebuig, reino, reixo, repato, reventa comuns, rito, rogante, rogero, rogeta, roig, roi de català, roja, roldàn, romero, roque, roquet, rosca, rosso, rull, rulleta, rullo.

S. Sabater, sabonero, saca-i-mete, sacristà, safranero, salaix, saliveta dolça, salmone-te, sami, sampo, sangonera, sanguí, sante-ro, saoro, sardina, sariero, sarpa, sastre, satisfeta, saurino, sauriti, sementerio, serapio, serp, set-panxaes, sierramorena, soldao, surdo, suseno.

T. Tabac, taca, tamar, tardano, tarmenteta, tatxero, tauro, taúro, tauter, teixidor, telaranya, tendeter, tendero, terla, terreta, terrible, terrossos, tigs, tiplón, titotero, tocaio, tomaco, tomaquero, tomaques, tomaquetes, tongo, torà, tort, torrato, tortut, traca, trinqueter, trinqueteret, trull, txitxori, txupiri.

U. Ulleretes.

V. Valenciano, vana, vaquer, varite, vericof, verle, vilario, virgo.

X. Xalequet, xambero, xampany, xato, xiclano, xispa, xiulit, xopo, xoriç, xoto, xufero, xurrero, xurret, xurro.

Z. Zorro.

